

bastante caudal, unos conformándose con el uso antiguo, no tienen sobre sus cenizas mas que una columnita donde está escrito su nombre; otros, despreciando las leyes que condenan el fausto y las presunciones de un dolor fingido, están cargados de edificios elegantes y magníficos, adornados con estatuas, y hermo-seados por las artes. Yo he visto un simple li-berito que gastó dos talentos en el sepulcro de su muger \*.

Entre los caminos por donde se extravían los hombres, ó por falta ó por sobra de sentimiento, han trazado las leyes un sendero, del que no es permitido apartarse. Ellas prohiben elevar á las primeras magistraturas al hijo ingrato que, cuando mueren los autores de sus días, no ha cumplido los deberes de la naturaleza y de la religion: ordenan á los que asisten al acompa-ñamiento, que respeten la decencia hasta en su desesperacion: que no siembren el terror en las almas de los espectadores con gritos penetran-tes, y espantosas lamentaciones; y sobre todo, que las mugeres no se arañen la cara, como lo hacian antes. ¿Quién creeria que hubiese sido menester jamas prescribirles que cuidasen de la conservacion de su hermosa?

\* Diez mil y ochocientas libras: (40,253 rs. vn.).

## CAPITULO IX.

VIAGE A CORINTO. XENOFONTE. TIMOLEON.

Quando llegamos á la Grecia supimos que, ha-biéndose apoderado los Eleenses de un lugarcito del Peloponeso, llamado Escilonte, donde resi-dia Xenofonte, se habia ido este á establecerse en Corinto con su familia. Timágenes estaba impaciente por verle. Partimos de Atenas, lle-vando en nuestra compañía á Filotas, cuya fami-lia tenia enlaces de hospitalidad con la de Timó-demes, una de las mas antiguas de Corinto. Atra-



vesamos por Eleusis, Megara y el istmo; é íbamos tan de prisa, que no nos detuvo nada de cuanto en el camino se presentaba á nuestros ojos.

El mismo Timódemes nos llevó á casa de Xenofonte, el que habia salido, pero le hallamos en un templo inmediato, donde ofrecia un sacrificio. Todos los ojos estaban fijos en él, y él á nadie miraba, porque se presentaba delante de los dioses con el mismo respeto que él inspiraba á los hombres. Yo le miraba con el mas vivo interes. Parecia de edad como de setenta y cinco años, y su semblante conservaba todavía algunos restos de la hermosura que le habia distinguido en su juventud.

Apenas se acabó la ceremonia, cuando Timágenes se arrojó á su cuello, sin poder separarse de él: le llamó con voz interrumpida, su general, su salvador, su amigo. Mirábale Xenofonte con asombro, viendo en él un semblante que no le era desconocido, pero tampoco familiar. Por fin exclamó: sin duda este es Timágenes. ¡ Ah! ¿ quién sino él pudiera conservar sentimientos tan vivos despues de tan larga ausencia? Vos me haceis experimentar en este momento cuan dulce es ver renacer los amigos, de quienes nos creiamos separados para siempre. Siguiéronse tiernos abrazos á este reconocimiento, y durante el tiempo que permanecimos en Corinto, lo pa-

saron en contarse mútuamente los sucesos de su vida.

Xenofonte, nacido en un lugar de la Atica, y educado en la escuela de Sócrates, sirvió desde luego á su patria con las armas, y despues se alistó como voluntario en el ejército que reunia el joven Ciro, para destronar á su hermano Artaxerxes, rey de Persia. Muerto Ciro, le encargaron juntamente con otros cuatro oficiales el mando de las tropas griegas; y entonces fué cuando hicieron aquella famosa retirada tan admirada en su linea, quanto lo es en la suya la relacion que de ella nos ha dado él mismo. A su regreso pasó al servicio de Agesilao, rey de Lacedemonia, de cuya gloria participó, y cuya amistad mereció. Algun tiempo despues le condenaron los Atenenses á destierro, zelosos sin duda de la preferencia que daba á los Lacedemonios; pero estos, para indemnizarle, le dieron una casa en Escilonte.

En este venturoso retiro pasó muchos años, con la esperanza de volver á su patria, calmadas que fuesen las turbulencias del Peloponeso.

Mientras estuvimos en Corinto, trabé yo amistad con sus dos hijos, Grilo y Diodoro, y todavía la contraje mas íntima con Timoleon, el hijo segundo de Timódemes, en cuya casa estábamos alojados.



Si hubiera de hacer el retrato de Timoleon, no hablaria de aquel valor distinguido que manifestó en los combates, porque entre las naciones guerreras no es una distincion, sino cuando, por ser excesivo, deja de ser virtud; y así para dar á conocer todas las calidades de su alma, me contentaria con citar las principales: aquella prudencia consumada, que se habia adelantado á los años; aquella suma blandura, cuando se trataba de sus intereses; su firmeza inalterable, cuando mediaban los de su patria; su odio vigoroso á la tiranía de la ambicion, y á la de los malos ejemplos; y pondria el colmo á su elogio, añadiendo que ninguno tuvo tantos puntos de semejanza con Epaminondas, á quien tomó por modelo por un instinto secreto.

Timoleon gozaba de la estimacion pública y de la propia, cuando el exceso de su virtud le enagenó todos los ánimos, y le hizo el mas infeliz de los hombres. Su hermano Timófanés, que no tenia ni sus conocimientos, ni sus principios, se acompañaba con hombres corrompidos, que continuamente le exhortaban á apoderarse de la autoridad suprema, y al fin se creyó con derecho á ella. Su valor ciego y presuntuoso le habia grangeado la confianza de los Corintios, cuyos ejércitos mandó mas de una vez, y quienes le habian puesto al frente de

cuatrocientos hombres que tenian para la seguridad de la policia. Timófanés los hizo sus satélites, ganó el populacho con sus liberalidades; y ayudado de un partido temible, obró como dueño absoluto, é hizo llevar al suplicio á los ciudadanos que le eran sospechosos.

Hasta entonces habia velado Timoleon sobre su conducta y proyectos. Con la esperanza de conseguir corregirle, trataba de ocultar sus defectos, y realzar el brillo de algunas acciones buenas que por casualidad hacia. Aun se le habia visto en una batalla precipitarse con denuedo en medio de los enemigos, y resistir él solo á sus esfuerzos, por salvar la vida de un hermano á quien amaba, y cuyo cuerpo, cubierto de heridas, iba á caer en sus manos.

Indignado ahora Timoleon de ver establecerse la tiranía en vida suya, en el seno de su misma familia, pinta vivamente á Timófanés el horror de los atentados que habia cometido, y los que medita todavia; le pide encarecidamente que abdique cuanto antes un poder odioso, y que satisfaga á los manes de las victimas inmoladas á su loca ambicion. Va algunos dias despues á su casa acompañado de dos amigos, de los cuales uno era cuñado de Timófanés. Reiteran de acuerdo las súplicas; y le instan en nombre de la sangre, de la amistad y de la patria. Al principio les respondió Timófanés con una burla



amarga, y despues con amenazas y furores. Tenian convenido que una negacion positiva de su parte seria la señal de su muerte. Cansados los dos amigos de su resistencia, le clavaron un puñal en el pecho, mientras Timoleon, cubierta la cabeza con la falda de su manto, derramaba lágrimas en un rincon de la sala, adonde se habia retirado.

No puedo acordarme, sin temblar, de aquel momento fatal en que oímos resonar en la casa los gritos penetrantes y las espantosas palabras que decian: ¡ Timófanes ha muerto! ¡ Su cuñado es el matador! ¡ Su hermano! Por casualidad estábamos nosotros con Demarista su madre: su padre estaba ausente. Puse los ojos en esta desgraciada muger, y ví erizarse sus cabellos, y pintarse el horror en su semblante en medio de las sombras de la muerte. Vuelta en sí, sin derramar una lágrima, profirió las maldiciones mas horribles contra Timoleon, quien ni siquiera tuvo el debil consuelo de oirlas de su boca.

Encerrada en su aposento, prometió no volver jamas á ver el asesino de su hijo.

Entre los Corintios, unos miraban la muerte de Timófanes como un acto heroico, otros como un atentado. Los primeros no se cansaban de admirar aquel valor extraordinario que sacrificó al bien público la naturaleza y la amistad. El mayor número, aprobando la muerte del

tirano, añadía que todos los ciudadanos tenían derecho para quitarle la vida, menos su hermano. Se excitó un motin, que se apaciguó luego; se intentó contra Timoleon una acusacion que no tuvo consecuencia.

Con mas rigor se juzgaba él á sí propio; pues luego que vió que la mayor parte del público condenaba su accion, dudó de su inocencia, y resolvió quitarse la vida. Sus amigos, á fuerza de ruegos é instancias, le hicieron que tomase algun alimento; pero no le pudieron persuadir á que permaneciese con ellos; y así se salió de Corinto, y por muchos años anduvo errante en lugares solitarios, entregado enteramente á su dolor, y llorando con amargura los descarrios de su virtud, y algunas veces la ingratitud de los Corintios.

Algun dia le veremos aparecer con mas lustre, y labrar la felicidad de un grande imperio, que le deberá su libertad.

Las turbulencias ocurridas con motivo de la muerte de su hermano, apresuraron nuestra marcha. Dejamos con sentimiento á Xenofonte, á quien volví á ver en Escilonte algunos años despues; y cuando llegue la ocasion, referiré las conversaciones que tuve entonces con él. Vinieron con nosotros sus dos hijos, los cuales iban á servir en el cuerpo de tropas, que los Atenienses enviaban á los Lacedemonios.



En el camino encontramos muchos viageros que iban á Atenas, para asistir á las grandes Dionisiacas, una de las fiestas mas famosas de aquella ciudad. Ademas de la magnificencia de tales espectáculos, deseaba yo con ansia ver un concurso establecido de largo tiempo entre los poetas, que presentan tragedias, ó comedias nuevas. Llegamos el dia 5 del mes elafebolion\*, ocho dias antes que empezasen las fiestas\*\*.

\* El primero de abril del año 562 antes de J. C.

\*\* Se presume que las grandes Dionisiacas, ó Dionisiacas de la ciudad, comenzaban el 12 del mes elafebolion. En el año segundo de la olimpiada ciento y cuatro, año de que aquí se trata, cayó el 12 del mes elafebolion en el 8 de abril del año juliano profético 562 antes de Jesucristo.



## CAPITULO X.

LEVAS, REVISTA, EJERCICIO DE LAS TROPAS ENTRE

LOS ATENIENSES.

Dos dias despues de nuestra vuelta á Atenas, fuimos á una plaza donde se hacia la leva de las tropas, que habian de ir al Peloponeso; las cuales debian reunirse á las de los Lacedemonios, y algunos otros pueblos, para oponerse, de comun acuerdo, á los proyectos de los Tebanos y sus aliados. Hegeloco, estratega, ó general, estaba sentado en una silla puesta en un sitio alto: cerca de él, un taxiarca, oficial general, tenia el registro en que están puestos todos los